

**LAUDATIO DOCTORADO HONORIS CAUSA
PILAR CITOLER**

7 de noviembre 2013
Universidad de Córdoba

Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Córdoba
Sr. Rector Magnífico de la Universidad Internacional de Andalucía
Sr. Director General de Universidades
Sr. Abdul Aziz Saud Al-babtain
Sra. Pilar Citoler
Doctor Honoris Causa Prof. García Marín
Autoridades
Compañeros de claustro
Personal de la Universidad de Córdoba
Alumnas y alumnos
Señoras y señores:

Sólo el arte es vocación, todo lo demás son trabajos. Trabajar es hacer lo que a uno no le gusta y cobrar por ello; cuando a uno le gusta lo que hace, entonces no es un trabajador, sino un artista. Y el arte es una llamada al amor por la obra bien hecha, un permanente estado creador, o sea, una vocación. Eso es así en la pintura, en la literatura, en el derecho o en la mecánica de automóviles. Ya nos gustaría que todos los que salen de la Universidad fueran artistas, salieran como artistas, porque hubiéramos sido capaces de inocular en ellos la pasión del conocimiento creativo. Pero no nos parece un logro menor que acaben convertidos en trabajadores responsables y eficaces, comprometidos lealmente con la mejora de su tiempo, que está hecho de cosas humildes y verdaderas.

Solo el arte es la suprema expresión de la sensibilidad y la inteligencia humana, de modo que al fin es la vida la que trata de imitar al arte, para romper el maleficio de nuestra sempiterna condena. Decía Ortega que “el encanto, en amor como en arte, desaparece o mengua cuando lo tomamos como realidad”. Esto se podría entender en

muchos modos, pero a mí me gusta entenderlo en el sentido de que el arte escapa a una realidad mísera que no deja siempre de tener un trágico final, y por ello el ser humano trata de superar esa realidad creando una más trascendente, más perfecta, más sensible, a la que la vida siempre anda en permanente persecución.

Un coleccionista puede pretender muchas cosas, desde la obsesión para entender el arte mediante la recopilación de obras, hasta el ejercicio de una suerte de melancolía contemporánea que le permita también atravesar el umbral de una realidad que no desea y así, a través de cada obra, disfrutar de otra suerte de goce íntimo y más irreal. Pilar Citoler es una artista y ha hecho de su vida una vocación de belleza. Si leer es la otra cara del oficio de escribir, como decía Umbral –o sea la misma cosa, pero vista por el reverso-, coleccionar obras de arte podría ser, me parece, la otra cara del oficio de pintar o de esculpir, la otra cara del arte. El coleccionismo no es un amontonamiento de objetos valiosos con criterio de almacenista, para deslumbrar o para lucrarse, que es el deslumbramiento de sí mismo. El coleccionista genuino busca, duda, se arriesga, selecciona, elige. ¿No es todo eso lo que hacen los artistas? El coleccionista genuino venera el arte, lo recrea –como el buen lector recrea, reescribe el libro que ha escrito otro-, lo prolonga, lo difunde, le da dimensión social, contribuye a convertir el arte en una fuerza que llena de luz los sentidos de los espectadores. Hasta donde yo sé –y sé- a Pilar Citoler la impulsa en su ámbito –en la otra cara del arte- la misma pulsión ilógica que al creador. Del mismo modo que la obra puede al artista y se impone sobre sus deseos, también la coleccionista Pilar Citoler se ve dominada por la obra ya hecha, y desemboca en ella como hipnotizada, en una obra que tantas veces no es la que se ajusta a su programa, ni en precio ni en tamaño ni en autor. Y va a ella porque no puede dejar de ir. Eso es el arte, no poder dejar de ir.

Todo eso anidaba ya en la cabeza de aquella joven coleccionista, solitaria y silenciosa, que inició sus pasos en el páramo cultural de principios de los setenta. Su primer cuadro lo adquirió en la galería madrileña Juana Mordó en 1972. Ahí se iniciaba una historia de amor por el arte contemporáneo, que era para siempre, porque estaba ordenada por una verdadera pasión. Fue reuniendo obras de artistas ya reconocidos o en los que veía algo distinto, una potencia de futuro, de mantenerse en el tiempo. Era arte de su tiempo, pero

que no estaba destinado a morir con su tiempo. Esa intuición, esa busca de Pilar Citoler la hacía consciente de que el artista crea y el coleccionista descubre. Y esa labor paciente y esforzada del descubrimiento es también una forma humilde e imprescindible del arte, su otra cara. En ese proceso se fue configurando una personalidad refinada. Parafraseando al gran Kandinsky –que estudió Derecho en Moscú, conviene no olvidarlo-, el artista y el coleccionista dialogan en el lenguaje del alma, de manera que están en relación de efecto y perfección recíprocos.

En Cuenca, donde habita el sosiego, entró en contacto con Fernando Zóbel y el Museo de Arte Abstracto Español, ese “pequeño museo más bello del mundo”, en palabras de Alfred Barr, que fue el primer director del MOMA, el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

En aquel tiempo sin color, de una tenue oscuridad que parecía invadirlo todo, solo interrumpida en la distancia de Madrid por la suave luz conquense, ella inició, siguiendo a Cesare Pavese, su hégira hacia la necesidad obsesiva de coleccionar. No hay arte sin obsesión, pero tampoco es posible coleccionar sin sufrir del vértigo obsesivo por la necesidad de aprehender a trozos lo mejor de la vida, lo mejor de la creación humana, aquello que es capaz de trascender nuestra limitada existencia. Luego vendrían, como escribió mi buen amigo y curador de la colección Alfonso de la Torre, los tiempos multicolores de la transición, allí en el bullicio de pintores, músicos, diseñadores, galeristas,... conocería a Warhol y también a Michel Tapié, que le hizo apreciar el informalismo oriental del grupo “gutai”. Así, incorporó a su colección a artistas orientales junto a los artistas de la vanguardia abstracta surgidos en la España de los cincuenta vinculados al grupo “El Paso”.

Cuatro décadas en la otra cara del arte, le han permitido crear una colección que se denomina Circa XX, porque también trasciende a esa centuria, inicia un siglo nuevo con dibujos en papel de Le Corbusier, Lipchitz, Nolde o De Chirico. Con el dibujo del puerto de Hamburgo, que hizo Emil Nolde en 1910, comienza la colección un recorrido que va desde ese primer siglo XX hasta los años que aún vivimos en esta presente centuria. Desde el papel, desde el dibujo maravilloso de la nada, desde el contrario a la luz, desde esa sombra que recorta y define el espacio, desde el primer signo de la vida y de la muerte que diría nuestra María Zambrano, hasta llegar al soporte digital, al

videoarte contemporáneo con jóvenes creadores que han llenado su colección de las formas más radicalmente provocadoras.

La fotografía ocupa un lugar muy destacado en su colección, de la mano de Jesse Fernández y de Wolf Vostell, ya desde finales de los setenta se interesó por este nuevo caleidoscopio del siglo de las otras luces. La mirada incansable de la coleccionista, a la que no dejó de imaginar con su cámara al hombro, encontró en este espacio otra dimensión para atrapar el tiempo en los nuevos soportes de la luz y de las sombras, del color y de la noche. Integran la colección autores que van desde los citados pasando por Cartier Bresson, Per Barclay, Billingham, Karen Knorr, Chema Alvargonzález, Begoña Zubero y tantos otros, que hacen de Circa XX una de las mejores colecciones de fotografía de España.

En los primeros años de este siglo XXI, Pilar Citoler sintió la necesidad de exhibir el arte coleccionado durante tanto tiempo e hizo a la Universidad de Córdoba protagonista de las primeras exposiciones, gracias a la presentación que de ella nos hizo Paloma Rupérez. En la Sala Puertanueva, la exposición “Claves de Arte”, inaugurada en noviembre de 2005, hizo su presentación en nuestra ciudad. Desde ese momento el arte contemporáneo comienza a conocer en Córdoba una difusión sin precedentes. Luego vendría, en feliz idea de Enrique Aguilar Benítez de Lugo, la creación del Premio Internacional de Fotografía Contemporánea que lleva su nombre y que ha permitido que el de nuestra Universidad esté entre los premios más considerados del mundo de la fotografía. Cualquiera navegante por la red puede comprobar cómo fotografía contemporánea y Universidad de Córdoba son una referencia también internacional, gracias a este premio, que nos ha situado en las ferias más importantes, como “Paris-Photo” o “PhotoEspaña”, y, por supuesto, en el mayor escaparate del arte contemporáneo de nuestro país: la Feria ARCO.

La generosidad de Pilar Citoler nos ha dado la oportunidad, no sólo de disfrutar de su pasión por el arte y aprender a compartirla, sino de abrir Córdoba a un arte nuevo, a lenguajes creativos diferentes, a la contemplación de obras de artistas destacados, que de otro modo no hubieran llegado a nosotros. Aún se recuerdan las lonas de la Marilyn de Warhol, colgando en las fachadas de significados edificios de la ciudad, cuando pudimos convertirla durante unas semanas en la capital de la modernidad, en aquella para siempre mágica exposición MODERNSTARTS, inaugurada en enero de 2009.

La ciudad de la mano de Pilar quiso trascender también a su propia realidad, quiso inventar nuevos espacios urbanos y ser capaz de transformar el milenario pasado en escenario para unas nuevas formas de presente, pues el arte contemporáneo no es ni más ni menos que el arte de nuestro tiempo. Obviedad que nos permite entender que mucho de este arte terminará perdido en la memoria, pero otro será el arte clásico del futuro. El reto de admitir el arte de nuestros días es difícil ya lo dijo el maestro Ortega –vuelvo de nuevo a nuestro clásico del pensamiento-, que aseguraba que “el arte nuevo tiene a la masa en contra suya y la tendrá siempre”, quizá porque nos acomodamos en lo reiterado, sin elevarnos sobre nuestro mísero destino, porque cuando nos hacemos masa nos despersonalizamos, y la apreciación de la belleza requiere diferenciación. En todo caso, a mi me parece que el adjetivo contemporáneo añadido al arte no tiene que ver con su esencia, ni quita ni añade nada, es una mera referencia de tiempo. No hay más que un arte, el que surge de la pasión de crear, aunque conste de estilos y de épocas. Cuando el arte es grande, simplemente es eterno.

Una parte de Córdoba viviéndose deseo de renovación artística en el primer decenio de este siglo. Junto a la gran coleccionista, intentamos que nuestro compromiso para traer a las vanguardias artísticas nos ayudara a convertir la ciudad en el foco de atracción de nuevos creadores, de nuevas formas de expresión. Lentamente, se abrían nuevas líneas arquitectónicas que aportaron a la ciudad un aire nuevo, permitían comprender el espacio de otro modo, para, sin renunciar al pasado, entender mejor el presente y adivinar y compartir el futuro. Dentro de este gran proyecto, Pilar Citoler ofreció la posibilidad de que su colección, mostrada y admirada ya en España, se quedara en Córdoba. Bacon, Canogar, Millares, Equipo 57, Miró, Warhol, Tàpies, Picasso... La Universidad de Córdoba era la depositaria de esta idea. Hemos destacado en investigación, tratamos cada día de mejorar la docencia, y aspirábamos a convertirnos también en proyección de la cultura en una ciudad llena de patrimonio antiguo, pero huérfana del presente más audaz y creativo. No pudo ser, y esta es, probablemente, la frase más triste y desalentadora de nuestro idioma. A Bertrand Russell no le sorprendería saber que, también entre nosotros, hay personas dotadas de la capacidad de hacer imposible lo posible. Todo lo contrario del arte.

Pero Córdoba siempre ha tenido las entrañas acogedoras para el arte. Esta ciudad es un destino de la belleza, aquí se siente el arte en su tierra nativa, como si todo en Córdoba

–la luz, el aire, las calles, las piedras, las gentes- fuera cómplice natural de las mejores creaciones de la inteligencia y la sensibilidad humanas. Por eso es imposible haber conocido Córdoba, haber estado en Córdoba sin llevársela en el corazón. Eso le ha sucedido a Pilar Citoler, a quien hoy recibe en su claustro la Universidad de Córdoba. Un universitario de raza, un intelectual, tiene mucho de coleccionista, un coleccionista de ideas. Busca, duda, se arriesga, selecciona, elige, frecuentando el pensamiento de otros, hasta darle un orden propio, con el que va configurando su propio estilo y su personalidad. Pilar Citoler, que en el pasado tuvo también una breve experiencia docente en la Universidad Complutense, a su probada generosidad ha añadido talante universitario, y propone a nuestra Universidad, que es la suya, la creación de una Cátedra de Arte Contemporáneo, que constituya un centro de investigación y enseñanza de las artes nuevas, de todo eso que ella ha ido atesorando para legarlo al futuro, convencida de que el tiempo pasará, pero el arte no pasará, porque es eterno. Y en él sigue nuestra coleccionista, a quien interesa menos la meta que el camino, en el que siempre la encontraremos. Una meta alcanzable es un ideal de trabajador por cuenta ajena, no de artista. Después de conseguida, sólo queda sentarse a ver qué pasa. El artista persigue lo imposible, lo hace posible y le da belleza. Toda la belleza que también persigue, admira, recoge y difunde el coleccionista, la otra cara del arte, para que la sociedad se levante a ver qué pasa.

Gracias Pilar por tu apuesta por nuestra Universidad. El camino fue lo mejor de todo, y al volver un recodo cuando ya parecía perdido nuestro rumbo, las baldosas amarillas nos han enseñado que el camino sigue y aquí estás, Pilar, en tu casa, con tu gente, junto a Carmen, -“se está mejor en casa que en ningún sitio”-, porque nuestro sitio es todo lugar y toda senda y el futuro siempre será nuestro porque todavía no ha llegado.

Por todo lo expuesto y por todo lo que me queda por decir, solicito al Sr. Rector Magnífico el grado de Doctora Honoris Causa de esta Universitas Cordubensis para mi querida y admirada Doña Pilar Citoler Carilla, coleccionista de arte, o sea, artista, o sea universitaria de raza.

Manuel Torres Aguilar